

Imagen congelada

Al salir de su casa y voltear la mirada hacia el cielo, Javier ve aquella gigantesca roca que flota sobre el poblado como una horrible corona. Debe medir varios kilómetros.

De inmediato, el chico queda horrorizado por aquel cuerpo que ofende a Ley Gravitacional. Quizá caerá sobre ellos, destruyéndolo todo. Quizá todo acabará allí mismo.

Pero no es posible; ya lo habría hecho.

Tiene que tratarse de una alucinación.

Cuando puede sacudir su mente y mover la vista a otros puntos, se da cuenta de que las personas parecen no enterarse de la monstruosidad que yace sobre ellos. Ni siquiera giran la vista hacia arriba, sino que actúan con total normalidad. Es demasiado extraño.

Pasa por la mente de Javier la idea de haberse vuelto loco. ¿Qué más puede ser? Él es el único que observa algo incoherentemente gigantesco flotando sobre la tierra. Cierra los ojos, esperando que aquella visión desaparezca, y los abre de nuevo; el objeto sigue allí, y la gente ¡sigue actuando como si nada pasara! De repente, una oleada de pánico se apodera de él; quiere echar a correr al interior de su vivienda y refugiarse de ese entorno de pesadilla. Pero la impotencia que acompaña al pánico se lo impide. Un tipo en la acera de enfrente ríe, señalándolo. Segundos después, el joven descubre que ya no sólo el extraño se burla de él; toda la gente a su alrededor se carcajea: amas de casa que caminan sobre las aceras, niños que se habían encontrado jugando segundos antes. Todos.

Logra librarse del terror y va directo a la entrada de su casa, tratando de contener la morbosa curiosidad de voltear arriba.

Todo es caótico, incongruente: la inmensa roca sostenida sobre ellos, esperando el momento de caer; la gente riendo estrepitosamente, con gestos demenciales. Y ahora, la llave que tiene en su mano derecha no abre la puerta; se derrite entre sus dedos como parte de una imagen surrealista.

El chico, en su desesperación, golpea la puerta con fuerza, empujando con el hombro, luego pateándola.

Las risas callan de tajo, pero los vecinos siguen allí, sólo que ahora señalan hacia el cielo, esbozando sonrisas grotescas. Javier vuelve la vista hacia arriba, sólo para observar con horror cómo la enorme roca cae sobre ellos.

* * *

Despertó jadeando, incorporándose de la cama a una velocidad vertiginosa. Respiró hondo al descubrir que había sido sólo una pesadilla. Sudaba en exceso. Observando su reloj de buró vio que eran las tres de la madrugada. Se recostó y, diez minutos más tarde, se encontraba sumido de nuevo en un profundo sueño. Éste, ya libre de imágenes aterradoras.

* * *

Por la mañana, Javier decidió que daría un paseo por el centro del poblado.

A las diez estaba ya listo para salir. Abrió la puerta y, como un golpe mental, el recuerdo del horror experimentado en el sueño lo asaltó. Fue muy fuerte la sensación de estar saliendo hacia el final de...

¿El final de qué, Javier? -inquirió una voz en su cabeza.

El final de nada, se respondió, avergonzado por creer en los cuentos de su mente. Había sido sólo un sueño.

Sólo eso.

Miró hacia el cielo, donde había visto aquella imagen onírica.

Nada. Emitió un suspiro de alivio mientras caminaba hacia...

...hacia cualquier lugar, idiota. Sólo camina.

Al dar vuelta en la calle Pescadores se topó con Román, un vecino de muchos años.

- ¿Qué hay, Javier?

- ¿Qué tal? –respondió.

- ¿Ya te enteraste de la nueva? -inquirió su amigo. Javier negó con la cabeza-

Quieren sobre poblar esta zona. Van a construir tres unidades habitacionales, creo. Allá -señaló las tierras baldías-, junto a nuestras casas.

- Ah, sí -exclamó al recordar que, desde hace algunas semanas, veía albañiles ir y venir-, he visto que están construyendo algo. Pero pensé que sería un centro comercial.

- Pues no, van a ser departamentos, y los quieren colorear de rojo. ¿Te imaginas? ¡Qué ridículos! Tal vez quieran invocar a todos los toros de la Hacienda de Villaseñor -hizo una pausa al ver que su comentario sólo había provocado una risa fingida de parte de su interlocutor-. En fin, si quieres ver la maqueta, la tienen afuera del Palacio de Gobierno.

- Bueno, quizá la vea, voy para allá. Nos vemos después, Román.

* * *

Caminaba sobre la calle Tejedores cuando vio los edificios del centro. Llegando al palacio de Gobierno, vislumbró un pequeño domo. Era la maqueta del presente proyecto. Se acercó y, viéndola, se cubrió la boca para sofocar una carcajada. Eran tres unidades habitacionales y, en efecto, estaban coloreadas de rojo. Tal vez un rojo opaco

-o guinda quizá- no habría causado tal reacción, pero ese brillante rojo, casi fluorescente... Inmediatamente imaginó toros corriendo como locos hacia los edificios, destrozando los culos de cuantos transeúntes pasaran frente a ellos. Esta vez, el comentario de su vecino había causado efecto. Tarde, pero lo había hecho.

Caminó hasta el Centro Cultural.

Entrando al edificio, Javier observó los carteles de propaganda pegados en la mampara central, acerca de las diferentes actividades que allí se realizaban:

CONCIERTO DE JAZZ, sábado 29 de enero, 8 p.m.

PRESENTACIÓN DE LA OBRA TEATRAL “PADECIENDO EN LA INTIMIDAD”, DE RAÚL PONCE, sábado 29 de enero, 11 a.m.

EXPOSICIÓN DE LA OBRA DE MATTEUS KARLOFF “PINCELADAS DE UN SUICIDA”, 28 de enero - 6 de febrero.

Javier sonrió al leer el último cartel. Sería interesante ver esa exposición.

Un maestro de su universidad, que salía de las oficinas centrales, reconoció de inmediato al joven estudiante.

- Javier, ¿qué haces por acá? -dijo extendiéndole la mano.

- Nada, profesor. Sólo viendo los carteles.

- Escucha -exclamó el profesor-, la próxima semana iniciamos clases. Disfruta tu último fin de semana de vacaciones.

- Sí, bueno. Ya estaba comenzando a aburrirme. Dos meses son demasiado.

- Por cierto, ¿ya viste la exposición de Karloff? Es interesantísima.

- Me llamó la atención. Tal vez venga a verla un día de éstos.

- Deberías entrar ahora -dijo el maestro-. Es una lástima que Karloff se haya suicidado. Tenía un gran talento, y una mente muy creativa. Hace una hora fue la inauguración; una visita guiada. Impresionante.

- ¿Sí? ¿Qué dijeron?

- Bueno, que nació en 1940, en Inglaterra; curso sus estudios en una universidad local. Su obra se compone sólo de veinte cuadros. A los 23 años se suicidó.

- Era joven. ¿No dijeron por qué lo hizo?

- Muchos dicen que, al no obtener la fama que esperaba, se deprimió tanto que se lanzó de una torre, en Londres. Otros dicen que su arte era premonitorio, que podía ver escenas futuras. Y cuentan que, luego de pintar su último cuadro, en 1963, enloqueció. Solía decir que su *obra* llegaría adonde debía llegar, y que la entendería quien debiera hacerlo. Era uno de esos apocalípticos obsesionados -hizo una pausa-. Bueno, Javier, me tengo que ir. Nos vemos el lunes.

Cuando se hubo alejado el profesor, el joven estudiante miró de nuevo el último cartel.

¿Por qué no entras ahora?

Bueno, no tenía nada que hacer, y el título de la exposición era muy sugestivo. Así que fue a la sala elegida, localizada en el segundo piso.

Dentro de ésta observó que no había mucha gente admirando la obra del suicida. No era extraño, había dicho el profesor que no fue muy famoso.

Vio el primer cuadro; la imagen mostraba a una mujer levantando a su hijo, justo antes de arrojarlo a un precipicio. “La mujer de New Hampshire”, rezaba un recuadro. “Qué raro”, pensó Javier, continuando con su recorrido por la galería.

En realidad, todas las imágenes mostraban escenas trágicas. Los nombres -en veces más, en veces menos- también.

En el óleo 19 se mostraba a un hombre en la ventana de un antiguo edificio; en sus brazos cargaba un rifle que apuntaba hacia abajo. No se podía distinguir hacia qué o quién lo dirigía, pues el fondo era una imagen difuminada. “Cuenta pendiente”, se leía

en la etiqueta inferior.

Sólo le faltaba ver un cuadro: el número 20; el último del artista; la posible causa del suicidio, decían algunos. El cuadro estaba separado de los demás -qué detalle de los organizadores, se dijo, “Admiren la imagen que enloqueció a un genio”-, en un extremo de la sala, sobre una repisa dorada. Tuvo que rodear un pasillo de caballetes para llegar hasta éste.

Cuando vio la imagen, Javier exhaló un grito de horror, palideciendo al instante. Sus ojos se desorbitaron y, por último, cayó al piso, produciendo otro estrépito. Debido a esto, la poca gente que había en la sala fue hacia él. Nadie sabía la causa de su desmayo; quizá no hubiera almorzado, quizá era hipertenso, quizá mil cosas más.

Una mujer parada frente al óleo se preguntó si la pintura pudo haber sido la causa del desmayo del joven. Pero apartó esa idea de su mente. Ciertamente, la imagen era imponente, pero difícilmente causaría tal reacción. Es decir, qué tanto horror podría causar una enorme roca cayendo sobre algunos edificios de color rojo brillante. Qué tanto horror podría causar un nombre tan ficticio como: “Imagen congelada del Día Final”.